

"La maldición del caballero de la ciudad oscura"

Hace algún tiempo, en una ciudad no muy lejana, habitaba un hombre de aspecto atractivo, alto, medianamente delgado, sus zapatillas negras brillaban aún en la oscuridad, usaba una pesada chaqueta que le escondía las rodillas, un pantalón largo de color oscuro, un sombrero muy varonil de ala corta que cubría su cabeza y un par de lentes negros que se habían adherido a su cuerpo, pero, además de todo, poderosamente rico.

Vivía en las afueras de la ciudad, en un extenso campo verde, no había árboles, no había nada, solamente su mansión ubicada en el centro del colosal terreno.

La fachada de la estructura era seductora, altos muros resguardaban las puertas, grandes ventanales adornaban las paredes, unas cuantas gradas antecedian la entrada y el silencio y la soledad se habían adueñado de cada rincón del misterioso lugar.

Todos la conocían por fuera, pero nadie sabía cómo era su interior. El hombre pasaba sus días enteros tras los gigantes muros, solía salir por las noches a visitar un bar clandestino en la esquina de la cuadra, llegaba en su Mercedes Benz negro y lo estacionaba siempre en el mismo sitio, caminaba despacio y con firmeza dirigiéndose hacia una mesa que la costumbre la había hecho suya.

Se sentaba solo, no miraba a nadie ni hablaba con nadie. El mesero del lugar, sin intercambiar palabras, le llevaba lo de siempre: un vaso de whisky y otro con hielo, que debía renovarse cada vez que este se acabara, así hasta llegar a la hora de su partida, las cuatro de la mañana.

La ciudad era sumamente tranquila, no ocurrían disturbios ni malentendidos, había paz y armonía, pero esto pronto llegaría a su fin.

Todos envidiaban la riqueza de aquel hombre, sus prendas, su mansión, su auto; no había hombre en la Tierra más rico que él. El secreto de su abundancia interrogaba a muchos, pero jamás nadie encontró el valor para preguntarle.

En la ciudad vivía también la familia Rocco, conformada por el señor Rocco, su esposa y sus cinco hijos varones, el menor estaba por cumplir sus veinticinco años. Los cinco hermanos eran hombres codiciosos, deshonestos y farsantes, su profesión era aprovecharse de las riquezas de su padre y malgastarlas.

Cierto día, el señor Rocco, agobiado por la situación tomó la decisión de echar a sus cinco hijos y desheredarlos de la totalidad de sus bienes. Los hermanos, desesperados y angustiados por lo que su padre había hecho, comenzaron a pensar en cómo podrían recuperar lo que habían perdido. Hasta que el tercero de los cinco dijo: existe alguien más poderoso que nuestro padre. Y después de un intercambio de miradas, los cinco asintieron con sus cabezas.

Una noche, como todas, el hombre rico llegó en su Mercedes, se sentó en su mesa y se dispuso a beber su whisky despacio, la noche transcurría como las anteriores, hasta que llegó la hora de su partida.

El reloj había pasado ya por las cuatro de la mañana, las calles estaban desvestidas, la oscuridad todavía cubría el cielo y un aterrador silencio corría con la brisa helada del momento. El hombre caminaba del bar hacia su auto, cuando por su espalda el filo de un cuchillo hizo derramar su sangre sobre la rugosa acera. El primer hermano tomó su sombrero, el otro hermano le quitó la chaqueta, el siguiente las zapatillas, el otro su pantalón oscuro y el último sus gafas negras, todos los artículos tenían un valor absurdamente alto que los haría tan ricos como quisieran.

Les fue fácil engañar a la policía con el cuento de que un foráneo asesinó a aquel hombre por un probable ajuste de cuentas y que este huyó antes de que pudiera ser visto.

El pueblo estaba conmocionado por el suceso y el miedo germinaba como semilla en tierra fértil en la que alguna vez había sido una ciudad tranquila.

Al día siguiente el primer hermano se puso al camino para vender su sombrero y convertirse muy rico, pero antes de poder llegar a su destino, un dolor agudo brotó de su pecho hasta rasgar una herida y provocar su muerte.

Al enterarse de esto, el otro hermano fue para apoderarse del sombrero, y el segundo día se dispuso a venderlo junto con la chaqueta para hacerse aún más rico, pero antes de poder lograrlo, un filo interno abrió la piel de su pierna derecha y falleció.

El tercer hermano recogió el sombrero y la chaqueta y se fue a venderlo junto con sus zapatillas, sería el más rico de todos, pero sin haber llegado a su destino, un puñal invisible atravesó su cuello, acabando con su vida.

Ahora, el cuarto hermano tenía el sombrero, la chaqueta, las zapatillas y el pantalón para venderlas, pero también murió.

El quinto hermano al ver lo que sucedía se llenó de pavor, él presencié cómo sus cuatro hermanos habían muerto, uno tras otro y que cada muerte era sin duda más trágica que la anterior, él sabía que sería el siguiente, no tenía escapatoria, una muerte más aparatosa que las otras le esperaba, como el sol espera al día. Una maldición había caído sobre él.

Desesperado, el quinto hermano tomó el sombrero, las gafas y las demás pertenencias y corrió hacia aquella mansión gigante, los campos verdes que antecedian la casa eran tan extensos que parecían interminables, su aliento se agotaba, sus piernas pesaban como bloques de cemento, pero la angustia le hacía avanzar por entre los pastos.

Al llegar, subió cada escalón con la mayor dificultad, se detuvo bajo los muros que resguardaban la inmensa entrada, tomó un bocado de aire y empujó las puertas con las fuerzas que aún quedaban en su ser. Un solo salón que encerraba el eco de cada paso que daba, un piso similar a un espejo y unas paredes que infundían un sentimiento de pequeñez a quién las miraba. Al fondo, sobre un pedestal dorado un diamante rojo partido en dos, cuyas mitades eran más grandes que aquel hombre anonadado que las contemplaba. A un costado una plaquita que decía: "El caballero de la ciudad oscura" y una leyenda que advertía que aquel cuyo corazón endurecido asesinara al caballero, provocaría la corrupción y la violencia, así que debía morir.

El hermano estaba atónito, habían asesinado a un caballero, el hombre protector del pueblo, hijo de reyes, en cuyos ojos brillaba la luz del diamante rojo, ocultos bajo sus lentes negros.

La sola presencia del caballero en el pueblo mejora la armonía, da paz y seguridad. Cuando él murió, el diamante rojo se partió y los malos deseos, envidia y codicia tomaron posesión de las mentes de todos los habitantes de aquella ciudad. Quienes al saber que el quinto hermano de los Rocco tenía las valiosas pertenencias del hombre rico, se pusieron a seguirlo para robarle y despojarle de los bienes.

El quinto hermano sabía que el espíritu del caballero cumpliría la misión de acabar con su vida porque su corazón se había endurecido por la avaricia, así que mientras esperaba su hora, decidió colocar las pertenencias del caballero en un lugar especial cerca del diamante y colocar una advertencia, para que todo aquél que las cogiera conociera el riesgo que conllevaba dejarse cegar por la codicia.

En efecto, su hora había llegado, setenta heridas aparecieron a lo largo de su cuerpo, como si un puñal ardiente estuviera calando lentamente su piel, sin más fuerzas, el hermano expiró.

Casi de inmediato los habitantes del pueblo tumbaron las puertas del lugar deseosos de encontrar los excepcionales bienes, la muerte del último de los Rocco no les inquietó en lo absoluto y se concentraron en su objetivo. Allí estaban, las pertenencias del caballero junto al diamante, la impaciencia no les dejó siquiera leer la advertencia que sobre ellas yacía, pero eran muchos y los objetos pocos, y no sintieron culpa al asesinarsen entre sí para ganar la posesión de los bienes.

Esa tarde, se desató una guerra, quizá la más sangrienta de la totalidad de los tiempos, aquellos que no morían a causa de otros; morían por la maldición del caballero. Y sucedió que, al ocaso del tercer día, el silencio ganó la batalla, una ciudad desolada había surgido, ni siquiera el viento se atrevía a mover las hojas de los árboles que aún se mantenían en pie, ni un sonido, no quedaba nada, todos habían muerto. La tierra se encargó de llevarse hasta los minúsculos rastros de vida en aquel lugar.

Una ciudad que por mucho tiempo fue alegre y tranquila, ahora se había convertido en una ciudad oscura y desolada, que encerraba en sí una maldición poderosa que dormía esperando que algún corazón corrompido tocara de nuevo su puerta.

Título: "La maldición del caballero de la ciudad oscura".

Escrito por: Leidy Samantha Obando Vargas- leidy.sov21@gmail.com

Categoría: Cuento de la comunidad general.

Año: 2023